

# JESÚS EN LOS NEGOCIOS DE SU PADRE

**Volumen 1 – Sermón No. 302**

Traducción: [estudialapalabra.org](http://estudialapalabra.org)

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 de MARZO DE 1860,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN EXETER HALL, STRAND**

***“Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió,  
y que acabe su obra”  
Juan 4:34***

Es particularmente agradable para el cristiano observar el interés que Dios Padre tiene en la obra de la salvación. En nuestros primeros días de infancia en gracia, concebíamos la idea de que Dios Padre sólo nos era propicio por la expiación de Cristo, que Jesús era el Salvador, y que el Padre era más bien un Juez austero que un amigo tierno.

Pero desde entonces hemos conocido al Padre por el Hijo, pues no es posible llegar al Padre sino por Jesucristo. Pero ahora, habiendo visto a Cristo, hemos visto también al Padre, y en adelante, tanto conocemos al Padre como también lo hemos visto, puesto que conocemos el amor de Cristo y lo hemos sentido derramado en nuestros corazones.

Siempre es refrescante, entonces, para el cristiano iluminado, recordar el intenso interés que el Padre tiene en la obra de la salvación. En este versículo se insinúa tres veces. La obra de la salvación se llama la voluntad del Padre. "No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeñitos", sino que además, es Su voluntad que Sus elegidos, los comprados por la sangre de Cristo, sean redimidos de las ruinas de la caída, y llevados a salvo a la casa de su Padre.

Observen de nuevo que se nos dice que Jesús fue enviado por el Padre. Aquí se ve de nuevo el interés del Padre. Es cierto que Jesús se apartó de las glorias del cielo, de las felicidades de la bienaventuranza, y descendió voluntariamente al escarnio, la vergüenza y el escupitajo de este mundo inferior. Sin embargo, su Padre tuvo parte en ello. Entregó a su Hijo unigénito, no retuvo al amado de su seno, sino que despidió a su bienamado y lo envió con mensajes de amor al hombre. Jesucristo viene voluntariamente, pero aun así viene por designación y envío de Su Padre.

También se nos da una tercera pista. La salvación se llama aquí la obra de Dios, "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra". Sabemos que cuando este mundo fue hecho, el Padre no lo hizo sin referencia al Espíritu, pues "el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas", se movía sobre el caos y ponía orden en la confusión. Tampoco la hizo sin el Hijo, pues el apóstol Juan nos dice: "Sin Él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho". Pero, al mismo tiempo, la creación fue obra del Padre.

Lo mismo sucede en la salvación, el Padre no salva sin el Espíritu, porque "el Espíritu vivifica a quien quiere". No salva sin el Hijo, pues por el mérito de la muerte del Redentor somos liberados del castigo por nuestra iniquidad.

Pero a pesar de ello, Dios Padre es el obrador de la salvación tanto como lo es de la creación. Miremos, pues, con ojos de gozo a nuestro Dios y Padre reconciliado. Señor Dios nuestro, Tú no eres iracundo. No eres un gobernante austero. No eres sólo el Juez, sino el gran patriarca de tu pueblo. Tú eres su gran amigo. Los amas más de lo que amaste a Tu Hijo. Pues Tú no lo reservaste; Tú lo enviaste a sufrir y a morir, para que pudieras traer a Tus hijos a casa. "Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos".

La contemplación particular de esta mañana será, sin embargo, describir a Cristo Jesús tal como Él se manifiesta haciendo la voluntad de Su Padre, y terminando la obra de Su Padre. En nuestro Señor y Maestro había un solo pensamiento, un solo deseo, un solo fin. Concentró toda su alma, reunió los vastos torrentes de sus poderosos poderes, y los envió en un solo canal, precipitándose hacia un gran fin: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra".

**1.** Al poner de relieve la gran verdad de la entrega total de Cristo a la obra de la salvación, una entrega tan grande que pudo decir: "El celo de tu casa me ha consumido", quiero llamar su atención, en primer lugar, sobre el hecho, verificado por los Evangelios, de que Su alma estaba en todo lo que hacía.

Observa a nuestro Maestro cuando hace el bien. La tarea no es fastidiosa para Él. Hay algunos hombres que si reparten a los pobres, o si consuelan a los huérfanos, lo hacen con tal reserva, con tal frialdad de espíritu, que puedes percibir que es sólo la cáscara del hombre la que actúa, y no el alma entera del hombre.

Pero mira a nuestro divino Señor. Dondequiera que camina, ves todo Su ser en llamas, todo Su ser trabajando. Ni un solo poder duerme, sino que todo Su ser está ocupado. ¡Cuán a gusto parece estar entre sus pobres pescadores!

No descubres que Sus pensamientos están lejos, en los salones de los reyes, sino que es un compañero de ellos, hueso de sus huesos y carne de su carne. Él camina en medio de publicanos y ramera, y no se siente incómodo, no como alguien que condesciende a hacer un trabajo que siente que está por debajo de Él; Él está complacido con él, toda Su alma está en él.

Observen cómo toma a los niños pequeños sobre Sus rodillas, y aunque Sus discípulos los rechazarían, todo Su Espíritu está tan verdaderamente con los pobres, con los pecadores, a quienes vino a salvar, que dice: "Dejad a los niños venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos". Miren a ese rostro, y allí hay un hombre de alma entera, no uno cuyos pensamientos están puestos en la dignidad y el poder, y que se rebaja a sí mismo, atenuando su mente al círculo en el que Él se mueve, como una cuestión de obligación y deber. Su vocación se convierte en su deleite. El servicio a su Padre es su parte. Nunca es feliz cuando está fuera de él. Pone todo su ser, todo su Espíritu, en la obra de la redención del hombre.

**2.** Como una prueba más de Su devoción, observarán que cualquier cosa que un hombre toma de corazón como el objetivo de su vida, siempre lo alegra cuando ve que tiene éxito. Ahora noten en la vida de nuestro Salvador, que cuando va a la casa de un fariseo a comer pan, siempre parece estar bajo presión. En cualquier capítulo que registra lo que Jesús dijo en la casa de un fariseo hay una falta de vivacidad. Habla solemnemente, pero evidentemente su espíritu está embelesado, es infeliz. Sabe que es observado por caviladores que se resisten a Su buena obra, y allí dice muy poco, o bien Su discurso tiene muy poca alegría y brillo.

Pero véanlo entre los publicanos, cuando se sienta con Zaqueo, o cuando entra en la casa de algún pobre hombre y se sienta a Su comida común, allí está Jesucristo con Sus ojos centelleantes, Sus labios derramando elocuencia, y toda Su alma tranquila. "Ahora", dice Él, "estoy en casa, aquí está Mi trabajo, aquí está la gente entre la que tendré éxito". ¡Cómo rompe el hombre común Su cadena! Ustedes ven al Señor Jesucristo como el hijo-hombre, ya no conteniéndose ante los observadores, sino hablando con toda Su alma todo lo que Su corazón piensa y siente.

Generalmente se sabe cuándo el corazón de un hombre está en su trabajo, por el gozo que siente en él. Ustedes ven a algunos predicadores subir a sus púlpitos como si fueran a ser asados en la hoguera, y leen sus sermones como si estuvieran haciendo su último discurso y confesión moribundos. ¿Cómo creen que lo llaman? Cumpliendo con su deber. Los verdaderos ministros llaman placer a predicar, no deber. Es un deleite levantarse para decir a otros el camino de la salvación y magnificar a Cristo. Pero los simples asalariados no pueden ir más allá de la idea de cumplir con su deber cuando están relatando esta gloriosa historia.

Jesucristo no era ninguno de ellos. "Mi alimento es", dijo Él, "hacer la voluntad del que me envió". Las únicas veces que Jesús sonrió y se regocijó fueron las veces que estuvo en medio de los pobres pecadores. En aquel tiempo, "Jesús se regocijó en Espíritu, y dijo: Te doy gracias, oh, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños".

Que vea a un penitente, que oiga el gemido de un pecador que se lamenta por su mal camino, que discierna una lágrima que resbala por la mejilla de uno de sus oyentes, y Jesucristo empieza a alegrarse, y el Varón de Dolores luce por un momento una sonrisa en ese rostro pálido y dolorido. En todo momento se afana en dar a luz almas, sólo se alegra cuando ve ampliada la familia de Dios.

**3.** Hay otra prueba por la que se puede saber cuándo el espíritu de un hombre está en su trabajo. Cuando un noble rey, hace algún tiempo, se levantó en la Cámara de los Reyes para hablar en contra de las infames producciones y grabados de Holywell Street, tuve la certeza de que su señoría hablaba en serio, porque se enfadó. Después de que alguien se aventurara a defender la inmundicia que sale de esa calle, como si tuviera alguna relación con las glorias del arte, su señoría replicó con un discurso muy agrio, que enseguida dejó ver que hablaba en serio y que consideraba importante la labor que había emprendido.

Ahora bien, nuestro Señor Jesucristo a veces se acaloraba al hablar, pero nunca se enojaba sino con los hombres que se oponían a la buena obra con la que había venido, y ni siquiera con ellos si veía que se oponían por ignorancia, sino sólo con los que se levantaban contra Él por orgullo y vanagloria.

¿Habéis leído alguna vez una diatriba de amenazas tan poderosa como la que emana de Cristo cuando habla contra los fariseos? "Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis a los hombres el reino de los cielos; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y por pretexto hacéis largas oraciones, por lo cual recibiréis la mayor condenación. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando lo hacéis, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros mismos. Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello. Serpientes, generación de víboras, ¿cómo podréis escapar de la condenación del infierno?"

Me parece ver Sus santas mejillas resplandecientes de un furor divino, cuando lanza Sus rayos a Su alrededor, y denuncia a los hombres que cierran las puertas del cielo, y no quieren entrar ellos mismos, y a los que quieren entrar se lo impiden.

Ahora, puedes ver que Su alma está en ello, porque el hombre se enciende. El espíritu amoroso de Jesús, que fue pisoteado como un gusano, que nunca se defendió, que no tuvo ni una chispa de resentimiento hacia Sus perseguidores, sino que "cuando fue injuriado, no regresó la injuria", que dio bendiciones por maldiciones, ¡oh, cómo se enciende en una llama cuando ve enemigos en el camino de Su pobre pueblo a quien ha venido a salvar! Entonces no escatima palabras. Entonces puede azotar con mano poderosa, y hacerles ver que la voz de Jesús puede ser tan terrible como un trueno, mientras que en otros momentos puede ser dulce como arpistas tocando sus arpas.

**4.** Una prueba segura de que un hombre ha abrazado algún poderoso propósito, y que su propósito ha saturado toda su alma, y lo ha sumergido en sus aguas, es que si no tiene éxito, llorará. Ahora, vean a nuestro Señor. ¿Hubo alguna vez lágrimas derramadas como las que derramó sobre Jerusalén? Estando en la cima de la colina, vio sus torres y su templo resplandeciente, y discernió en el oscuro futuro el día en que sería quemada con fuego, y el arado de la destrucción sería conducido sobre sus cimientos, una vez hermosos, pero luego desolados, y clamó: "¡Oh, Jerusalén! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste!"

Oh, ese lamento suyo: "¡Oh, Jerusalén, Jerusalén!" ¿No te recuerda esas palabras de Dios en uno de los antiguos profetas, donde llorando por Efraín, dice: "¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión".

Las entrañas de Jehová anhelaban estrechar a Efraín contra su pecho. Lo mismo sucede con Jesús. Pueden escupirle en la cara, y Él no llora. Pueden arrastrarlo fuera de la sinagoga y tratar de arrojarlo de cabeza por la cima de la colina, pero no veo que suspire. Podrán clavarlo a la cruz, y sin embargo no habrá una sola lágrima. Lo único que puede hacerle llorar es ver que rechazan su propia misericordia, que apartan de sí su única esperanza y se niegan a caminar por el único camino de paz.

Esto por sí solo podría servir como prueba de la intensidad del alma de Jesús en su gran propósito. Debe salvar a otros, y si no se salvan, llorará. Si otros se oponen a su salvación, se enfadará, no por sí mismo, sino por ellos. Sin importarle lo que le suceda a Él mismo, no tiene miedo, ni ira por las injurias que se vierten sobre Él, sino que todo Su Espíritu está entregado a la única gran obra de rescatar a las almas del pecado, y a los pecadores de descender a la fosa.

**5.** Ocurre a menudo, sin embargo, que cuando estamos realmente serios sobre algún propósito, algún enemigo se levantará.

Inconsciente tal vez de la nobleza de nuestro propósito, malinterpretará nuestros motivos, vilipendiará nuestro carácter y pisoteará nuestro justo nombre.

En estos momentos existe una fuerte tentación de defenderse así mismo. Queremos decir sólo una palabra acerca de nuestra propia sinceridad y entusiasmo de propósito. La tentación es muy fuerte en nosotros, porque pensamos que estamos tan envueltos, tan íntimamente conectados con la obra, que tal vez si nuestro nombre es dañado la obra también puede sufrir.

Cuántos hombres buenos y grandes han caído en esta trampa, de modo que han abandonado su trabajo para ocuparse de sí mismos, y han disminuido al menos un poco su ardor, o han mezclado el ardor que sienten por esos objetivos con otro ardor de espíritu: el ardor de la autodefensa.

Ahora, en nuestro Señor Jesucristo no se ve nada de esto. Está tan empeñado en Su propósito que cuando le llaman borracho no lo niega, cuando dicen que es un samaritano y que está loco, lo toma en silencio y parece decir: "Sea así, piensen así, si quieren". De vez en cuando hay una palabra de queja, pero no de acusación. Cuando es realmente por su bien Él los reprenderá y dirá: "¿Cómo puede Belcebú expulsar a Belcebú?". Pero no hay una defensa elaborada de Su carácter.

Cristo no ha dejado constancia en Sus sermones de ninguna disculpa por nada de lo que dijo. Simplemente se dedicó a Su trabajo y lo hizo, y dejó que los hombres pensarán lo que quisieran de Él. Sabía muy bien que el desprecio y la vergüenza de algunos hombres no son sino otra fase de la gloria, y que sufrir el oprobio de una raza depravada era ser glorificado en presencia de Su Padre y en medio de Sus santos ángeles.

Sin embargo, podríamos preguntarnos (si no supiéramos quién era Él) si no se deslizaba a veces alguna pequeña animosidad personal, pero nunca se detecta ni una sombra de ella. Me atrevo a decir que había muchos que Él sabía que eran sus enemigos acérrimos, pero no dijo ni una palabra contra ellos. Algunos se acercaban en la calle para insultarle, y no encuentro que les hiciera el menor caso. También había muchos que difundían toda clase de malas noticias, pero Él nunca dijo a sus discípulos que trataran de detener la mala fama que corría.

Trató con silenciosa piedad las calumnias de los hombres, y siguió caminando en la majestad de Su bondad, desafiando a todos los hombres a que dijeran lo que quisieran, pues todas sus artimañas no podían hacerle desviarse de Su curso más de lo que el aullido del perro puede hacer que la luna se detenga en su órbita. Y así, demasiado bueno para ser egoísta, demasiado glorioso para preocuparse por la estima de nadie, no podía ni quería desviarse, sino que, como una flecha del arco de algún poderoso arquero, siguió su camino hacia el blanco que le estaba destinado.

6. Luego observen otra prueba de la plena dedicación de Cristo a su ministerio, a saber, que siempre lo ven trabajando. Los tres años del ministerio de Cristo fueron tres años de trabajo incesante. Nunca descansó, uno se pregunta cómo vivió.

No es de extrañar que su pobre cuerpo estuviera demacrado y que su rostro estuviera más desfigurado que el de ningún otro hombre. Los duros enfrentamientos con Satanás en el desierto, enfrentamientos tan severos, que si tú y yo tuviéramos que sufrirlos, nos harían encanecer en una sola noche, los enfrentamientos con la multitud de hombres que parecían levantarse todos a la vez contra Él, como guerreros armados hasta los dientes, mientras Él permanecía como un cordero indefenso en medio de lobos crueles, la predicación, la enseñanza más privada, la curación de enfermos y leprosos, restaurando a los mutilados, a los sordos, a los ciegos, yendo por todas partes haciendo el bien, y sin cesar en sus viajes, recorriendo cada centímetro del camino a pie, salvo cuando era zarandeado en el tormentoso seno del lago, en alguna pequeña barca que pertenecía a sus discípulos; sin tener nunca un hogar donde morar, clamando: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza"; sin duda, ningún hombre trabajó como este hombre.

Esos tres años del ministerio de nuestro Salvador se leen como la historia de tres siglos. Es la vida de un hombre que vive a un ritmo incomparable. Sus minutos son horas, sus horas son meses, sus meses son años, o incluso más. Él hace lo suficiente en un día para dar a un hombre gloria eterna, y sin embargo, sin pensar en ello, se va a algo aún más arduo, y sigue, y sigue, y sigue, Él se esfuerza alrededor de toda su vida. El hombre más trabajador entre nosotros tiene sus horas de sueño. Danos sólo sueño y podemos hacer cualquier cosa, nos levantamos de nuestras camas como gigantes refrescados con vino nuevo, para correr nuestro curso de nuevo. Pero Jesús no duerme.

***"Frías montañas y el aire de medianoche,  
testigo del fervor de Su oración".***

Se ha levantado a predicar todo el día, ha dado de comer a miles de personas, y por fin se desmaya. Sus discípulos lo toman tal como está, pues no puede caminar, sus fuerzas se han agotado, y lo bajan a la barca y lo colocan allí. Cierra los ojos, está a punto de descansar un poco, pero se acercan y le gritan: "Maestro, ¿por qué duermes? Despierta, perecemos". Y Él se levanta para reprender a las olas, y se encuentra en otra orilla, y en otro campo de trabajo, en el que entra de inmediato sin demora.

Parece no haber conocido ningún momento de reposo. Predicaba de día, oraba de noche. Parecía ser un sol que nunca se ponía, siempre brillando, siempre progresando en Su poderoso

curso. Nunca hubo tal trabajador, nunca hubo tal laborioso como este Señor Jesús, que trabajó no para sí mismo, sino para otros.

7.Y aquí permítanme comentar de nuevo, para darles otra prueba de que Su comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió, a saber, que en muchos momentos cuando estaba en pleno trabajo no parece haber sentido fatiga en absoluto. Había estado caminando un día caluroso por el camino polvoriento, bajo el sol ardiente, y llega por fin al pozo de Sicar. Muy cansado, se sentó junto al pozo. También tenía hambre, pues sus discípulos habían ido a comprar carne.

Aquella pequeña cartera que Judas llevaba no solía estar lo suficientemente llena como para permitirse el lujo de comprar carne; sólo podían comprar para la mera necesidad. Sin duda tenían suficiente en esa pequeña bolsa, que se llenaba con los donativos voluntarios de aquellos entre quienes Él trabajaba, para mantener a esos doce hombres con el pan de cada día, pero no les sobraba nada. Concluyo entonces que nuestro Salvador necesitaba carne, o no habrían ido a comprarla.

Regresan después de haber comprado su comida, y encuentran a su Maestro sentado junto al pozo predicando a una mujer. Ella se va, y ellos se preguntan cómo es que Él no come. Él les dice que no necesita comer, que se ha refrescado, que había visto convertirse a aquella mujer. Una mujer que había tenido cinco maridos, y que entonces vivía con uno que no era su marido, había escuchado Su voz, y se había salvado, y Él la vio irse para traer a los hombres a oír. Él esperaba una cosecha, vio los campos blancos y listos para ella, y esto refrescó tanto Su Espíritu que no necesitó comer.

Y leemos que en otra ocasión se olvidó de comer pan, y en otra ocasión leemos que le apretujaban, "de tal manera que no podía comer". Sin embargo, podía decir: "Tengo algo que comer que vosotros no sabéis". Parecía refrescarse en su trabajo, fortalecerse en medio de sus fatigas, en lugar de cansarse, renovaba sus fuerzas a medida que proseguía con sus sagradas labores.

Ahora, esto no pudo haberle sucedido a Cristo, a menos que toda Su alma estuviera en ello. Aquellos de ustedes que han emprendido alguna vez una empresa con todas sus fuerzas, saben que mientras eso ha estado sucediendo, han estado tan absortos que no sabían cuándo era el momento de comer, y cuando por fin han visto que el éxito amanecía sobre ustedes, si alguien les hubiera insinuado que necesitaban pan, lo habrían dejado de lado y habrían dicho: "No me molesten, déjenme observar, déjenme ver que esta luz llega a su pleno resplandor de mediodía." No has necesitado otro refrigerio que el que te ha dado el éxito.

Yo mismo podría dar una ilustración de esto, que me ocurrió hace poco, para probar este hecho. Viniendo de casa temprano por la mañana, fui a la capilla, me senté allí todo el día viendo a los que habían sido llevados a Cristo por medio de la predicación de la Palabra. Sus historias me resultaban tan interesantes que el día continuaba. Puede que haya visto a unos treinta o más durante el día, uno tras otro, a medida que se acercaban a mí. Estaba tan encantado con las historias que me contaban y las maravillas de la gracia que Dios había obrado en ellos, que no supe nada de cómo transcurrió el día.

Llegaron las siete para la reunión de oración. Entré y oré con los hermanos. Después vino la reunión de la iglesia. Poco antes de las diez me sentí desfallecer, y me puse a pensar a qué hora había tenido mi cena, y descubrí que no había cenado, nunca pensé en ello, nunca sentí hambre, porque Dios me había alegrado tanto con el éxito. Creo que podríamos vivir bien, casi sin comer, si Dios nos sostuviera diariamente con este maná divino, este alimento celestial del éxito, en ganar almas. Esto demostraba que el corazón de nuestro Maestro estaba en ello, pues el trabajo no necesitaba refrigerio.

**8.** Por otra parte, si no he dicho lo suficiente para convencerlos de que Él entregó todo Su Espíritu a la obra, permítanme señalar que muchos hombres se han comprometido con un propósito, y como imaginaban, se han desposado con él mediante nupcias eternas, y sin embargo, al final se han divorciado de su querido objeto. Ha visto que se abría ante él un camino de resplandor con un honor reluciente al final, y se ha desviado hacia el engrandecimiento y la gloria propios.

Pero nuestro Señor tenía ante sí una perspectiva como ningún otro hombre había tenido jamás. Satanás lo llevó a la cumbre de un monte, y le ofreció todos los reinos de este mundo, un dominio más poderoso aun que el que tenía César, si se inclinaba y lo adoraba. Esa tentación se repitió sustancialmente en la vida de Cristo mil veces.

Recuerda un ejemplo práctico como muestra del asunto. "Lo habrían tomado por la fuerza y lo habrían hecho rey". Y si hubiera aceptado esa oferta, el día en que entró en Jerusalén montado en un pollino, la cría de un asno, cuando todos gritaban "¡Hosanna!" y las ramas de las palmas se agitaban, no habría necesitado hacer nada más que entrar en el templo, ordenar con autoridad al sacerdote que derramara públicamente el sagrado crisma sobre Su cabeza, y habría sido rey de los judíos. No con el título simulado que llevó en la cruz, sino con una dignidad real, habría sido monarca de las naciones.

En cuanto a los romanos, Su omnipotencia podría haber barrido a los intrusos. Podría haber elevado a Judea a una gloria tan grande como los días dorados de Salomón, podría haber construido Palmiras y Tadmors en el desierto, podría haber asaltado Egipto y haber tomado Roma. No había imperio que se le hubiera resistido.

Con una banda de fanáticos como la que esa nación podría haber proporcionado, y con un líder capaz de hacer milagros yendo en caravana, la estrella de Judea podría haberse levantado con luz resplandeciente, y un reino visible podría haber llegado, y Su voluntad podría haberse hecho en la tierra, desde el río hasta los confines de la tierra.

Pero Él no vino a establecer un reino carnal sobre la tierra, de lo contrario sus seguidores lucharían, Él vino a llevar la corona de espinas, a soportar nuestras penas y a llevar nuestros dolores. Y la tentación más espléndida no pudo apartarlo de ese único objetivo. Puedes amontonar las pompas relucientes y las joyas llamativas, pero Él las pisotea todas bajo Sus pies. La cruz para Él es más brillante que una corona, el sufrimiento más querido que la riqueza y el honor. Así, pues, también en esto podemos ver cuán pleno era Su propósito, y cuán firmemente estaba empeñado en la salvación del hombre.

**9.** Otra reflexión. Si supiéramos que algún propósito que hubiéramos emprendido nunca podría ser alcanzado a menos que fuera por nuestra muerte, suponiendo que pudiéramos decidirnos a dar nuestra sangre como el precio del éxito; si supiéramos que después del más arduo esfuerzo, aunque las paredes de la estructura pudieran levantarse, nuestra propia tumba tendría que proporcionar la cima; si resolviéramos morir por ello, puedo concebir muy bien que, por firme que fuera nuestro propósito, temiéramos la hora. Que sea a distancia, diríamos. Y si nos dijeran que se acerca, suspiraríamos y nuestro espíritu se hundiría.

Pero no así, Cristo. ¿Observas a lo largo de su vida la prisa que tiene? Lee el Evangelio según San Marcos. El Evangelio de San Marcos es el Evangelio del siervo. El emblema elegido en las antiguas vidrieras de las iglesias representa a San Marcos como el buey, el buey laborioso. Cada uno de los evangelistas tenía su lenguaje particular, y la expresión idiomática de San Marcos es la palabra Eutheos, que traducimos "en seguida", "inmediatamente". Si leen todo el evangelista, verán que la palabra "en seguida" aparece con más frecuencia en ese libro que en ningún otro, quizá más veces que en todo el resto de la Palabra de Dios, para enseñarnos esta lección, que Cristo, como siervo, se apresuraba a cumplir su misión, sin demorarse nunca, sino haciéndolo siempre en seguida.

Me parece que siempre extendía Sus manos en pos de la cruz, sin apartarse de ella, como si supiera que tenía que venir a Él por necesidad. No, Él dijo: "De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!". Su alma se apresuraba hacia la cruz, y Su cuerpo parecía estrecho, encadenado, aprisionado, que no podía llegar al final de estos tres años de trabajo. Su alma suspiraba tras el sufrimiento, gemía, clamaba que se le permitiera beber de la copa de nuestra redención hasta la última gota.

Ahora, esta majestuosidad de propósito, no simplemente morir, sino suspirar por la muerte; no simplemente escalar el muro, guiar la esperanza desamparada y anhelar hacerlo, suspirar por la batalla, desear la lucha, anhelar el sufrimiento, esto es ardor heroico, abnegación enteramente sin par. Yo podría imaginar a un hombre suspirando por la lucha una hora antes de que comience, pero toda Su vida deseando entrar en ella, suspirando por ese sudor sangriento, suspirando por esos clavos, esa vergüenza, esos escupitajos, esto mostraba cuán fuertemente nuestro Señor Jesucristo había inclinado todos Sus pensamientos hacia el propósito divino de hacer la voluntad de Su Padre, y terminar la obra de Su Padre.

Ahora, no diré más sobre este tema a modo de prueba. Vengo muy brevemente a hacer el uso práctico del mismo.

La primera inferencia práctica se dirige al alma tímida y agonizante, que desea la salvación, pero que piensa que Cristo no está dispuesto a dársela. Espíritu tímido, espíritu tímido, desecha el pensamiento de que Él no está dispuesto a salvar. Es una mentira contra tu propia alma, es una calumnia contra Su carácter. Él no está reacio a distribuir lo que tan libremente compró a un precio tan inmenso.

¿Ves en algún período de Su vida una falta de voluntad para salvar? Puede que una vez hubiera un encogimiento de la carne, pero eso ya pasó. No más la corona de espinas, no más la cruz y los clavos. La carne ya no tiene nada que temer. Está hecho, la redención está consumada, y ¿piensas que Él estaba tan serio y tan concentrado en la obra de la redención, y ahora no está dispuesto a cosechar los frutos de ella?

¿Por qué, pobre penitente, no sabes que Él murió para salvarte, y piensas que se necesita mucho argumento para mover a piedad y compasión el corazón que una vez fue traspasado? Saca el pensamiento de una vez por todas. Él es capaz de perdonar, eso lo sabes. Está tan dispuesto como es capaz. Infinita es Su capacidad, e infinita es Su voluntad.

Te lo ruego, no desconfíes de Él. Ven como eres, con todos tus pecados a tu alrededor. Ven, ahora, y pon tu confianza en Él. Encontrarás que la puerta del cielo no cruje en sus goznes, sino que está entreabierta y se abre fácilmente.

John Bunyan dice que los postes de las puertas del templo estaban hechos de olivos, y lo alegorizó así: "Estaban hechos de ese árbol grande y aceitoso, para que los goznes se movieran con facilidad y suavidad, para que no hubiera dificultad en abrir las puertas del templo cuando las almas tímidas entraran volando. Cuando las madres no estén dispuestas a recibir a sus hijos, cuando los padres no estén dispuestos a dar de comer a sus propios vástagos, entonces, ni siquiera entonces, Jesús no estará reacio a perdonar.

Cuando el hombre que trabaja duro no está dispuesto a recibir su salario, cuando el político

que se esfuerza no está dispuesto a aferrarse al honor que ha logrado, entonces, ni siquiera entonces, Cristo estará indispuesto a echar mano de la oveja que es Suya, comprada con Su propia sangre, y a arrancar esa joya de un muladar que Él ha redimido con Su propio sufrimiento. Él no es renuente, tú eres renuente”.

Si hay dureza de corazón, está en ti, y no en Él. Si hay dificultades en el camino de tu salvación, son dificultades en ti mismo, no en Él. Ven y sé bienvenido. Esta es la invitación que te llega hoy desde la mesa festiva del cielo. Ven y sé bienvenido. Ven y sé bienvenido. Ven y sé bienvenido, pecador, ¡ven! que nada te haga demorar. Tiene sed de salvar, anhela bendecir. Anhela redimir y rescatar. Sólo confía en Él, y si te alegras cuando confíes, Él también se alegrará.

Si el pródigo se alegra cuando regresa, la alegría del padre no es ni un átomo menor. Si hay alegría en el corazón del que regresa, hay tanta alegría en el corazón del padre a quien regresa. Ven, pues, y alegra a tu Salvador. Ven y hazle ver las aflicciones de Su alma, para que quede abundantemente satisfecho. Esta es mi primera inferencia práctica.

Hay otra más. Hombres cristianos, es justo que les demos una lección de un tema como éste. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. No quiero ser censurador, pero solemne y seriamente, me temo que no son muchos los que tienen todo su corazón puesto en la gloria de Cristo. Nosotros tenemos miembros de la iglesia, hombres ricos, ¿no gastan más en sí mismos que en Cristo? ¿Y no puedo inferir de esto que se aman a sí mismos más que a Cristo? Tenemos otros miembros de nuestras iglesias, hombres que son comparativamente acomodados. Estos gastan más en sus meros placeres que en Cristo. ¿Qué debo suponer, sino que encuentran más placer en los goces de la carne que en servir a Cristo?

Oh, ¿no tenemos decenas de miles en el ejército del Señor, que luchan por sí mismos en sus propias batallas con un brazo tan fuerte como el del Rey Arturo de nuestra fábula, pero cuando vienen a luchar por Cristo su brazo cae sin fuerzas? Tenemos hombres que son todo ojo, todo oído, todo mano en los negocios, pero son ciegos, sordos e impotentes cuando entran en la iglesia de Cristo.

El hecho es que tenemos en demasiadas de nuestras iglesias la crisálida de los hombres, pero no el verdadero cuerpo. Nos dan sus nombres, pero guardan toda su influencia para el mundo. ¡Ah! y ¿es esto lo que Cristo merece de ustedes? ¿Es ésta la recompensa de Su abnegación? ¿Pagáis así a Aquel que salvó a otros, pero no pudo salvarse a sí mismo? Y tú profesas ser un seguidor del Cordero, ¿es este tu seguimiento? Un imitador de Jesús, ¿y es ésta la imitación?

Oh, señores, la semejanza está estropeada y manchada. Ustedes son pobres esculturas en verdad, si se imaginan que son esculpidos a la imagen de Cristo.

Hermanos y hermanas, este asunto puede no parecerles de interés, pero yo siento que es un tema de la más intensa importancia para el mundo que yace en el inicuo. Si nos pareciéramos más a Jesús, sería un día feliz para los pobres hijos moribundos de los hombres. Oh, si nuestros objetivos divididos pudieran cambiarse por la unicidad de corazón, si nuestra pequeñez de celo pudiera consumirse en la intensidad del amor a Cristo, qué mejores hombres seríamos, y qué mundo más feliz sería éste.

¿Creéis que agradáis a Dios cuando vivís para cincuenta objetivos en lugar de uno? Cuando traes a Cristo tu amor tibio, tu celo tibio, ¿piensas que Él se complace contigo, y que acepta tu oferta?

¡Oh, iglesia de Laodicea, te has mudado de Asia, has venido a Inglaterra, y has establecido tu morada en Londres! En verdad podría decir el Señor a muchas de nuestras iglesias londinenses: "No sois ni fríos ni calientes, sois tibios, y os escupiré de mi boca".

No hay nada que Dios aborrezca más que nuestro frío cristianismo, como el que tenemos en estos tiempos modernos: una religión que profesa vivir, pero que vive como una criatura sin aliento, desmayada, temblorosa, que está al borde de la muerte. Y piensas sacudir al mundo mientras te sacudes a ti mismo con la agonía de tu fría indiferencia. Gritas a Dios: "¡Levántate!" Y, sin embargo, ¡no te levantas tú mismo! Pides una bendición, ¡y sin embargo no la ganas! Ansías la victoria, y, sin embargo, tus espadas se oxidan en sus vainas.

Fuera con vosotros, señores, despojaos de esta hipocresía, empezad primero a pedir lealtad de alma, y devoción de propósito, y cuando esto os sea dado, entonces vendrán días de refrigerio de la presencia del Señor. Entonces se convertirán los pecadores, y Cristo verá los dolores de su alma. Pero para todo esto necesitamos la influencia del Espíritu Santo, pues sin ella nunca entregaremos todo nuestro corazón a la sagrada misión de ganar almas para Cristo.

Espíritu de Dios vivo, desciende ahora sobre nosotros, descansa sobre tus santos y llénalos de amor a las almas que perecen, y descansa Tú sobre el pecador, para llevarlo a este Salvador dispuesto, y hazlo dispuesto en el día de tu poder.